

MESA DE LUZ

Ningún paraíso perdido

En su nuevo libro, Santiago Gerchunoff desecha las nociones de ironía como una enfermedad del lenguaje o un jinete apocalíptico de la frivolización.

12 de marzo de 2019

por ANA PRIETO

Ironía On. Una defensa de la conversación pública de masas, de Santiago Gerchunoff (Anagrama)

Cuando el polvo de lo que quedaba de las Torres Gemelas no terminaba aún de disiparse, el ensayista estadounidense Roger Rosenblatt escribió en la revista Time que del horror de los atentados del 11-S podría, quizás, surgir algo bueno: el fin de la era de la ironía. “Durante unos 30 años la buena gente a cargo de la vida intelectual de los Estados Unidos ha insistido en que no se debía creer ni tomar en serio nada – escribió–. Con una sonrisa burlona, nuestros columnistas y artesanos de la cultura pop declararon que el desapego y el encanto personal eran las herramientas necesarias para una vida genial”.

Rosenblatt no fue el primero en pronosticar el fin de algo y no acertar, ni tampoco el último en señalar el potencial de la ironía para horadar el tejido social. En efecto, hoy existe una verdadera preocupación por la pulsión irónica que se despliega en la esfera pública y se multiplica en las redes sociales, y que no tiene que ver precisamente con la figura retórica que nos enseñaron en las aulas, sino con el derramamiento de esa figura a nuestra manera de estar en el mundo. Para quienes tienen una visión “apocalíptica” de la ironía – por usar la muy caminada pero en este contexto bastante precisa categoría de Umberto Eco–, tramitar “irónicamente” la comunicación con el otro en la sociedad actual supone tener una visión que se desentiende de cualquier contribución, análisis y compromiso profundo con la realidad, y resolverlo todo mediante una astucia vanidosa y nihilista que logra dos propósitos inmediatos: taparle la boca al interlocutor incómodo (a quien también se concibe de modo irónico), y hacernos sentir bien con nosotros mismos. Para las autoestimas fragilizadas de la era de la imagen, del retweet y del like, no es poca cosa.

¿Pero es la ironía una emisaria de la superficialidad? ¿Las redes sociales han radicalizado sus efectos? ¿Hay una ironía buena y una ironía mala? Y si fuese posible erradicar a la ironía mala ¿sanearíamos la esfera pública? Santiago Gerchunoff (Buenos Aires, 1977) se hace estas preguntas en el libro Ironía On, publicado en las colección Nuevos Cuadernos de Anagrama. El ensayo abre con una imagen del escritor David Foster Wallace en su combate diario contra la ironía, a la que responsabilizaba por la parálisis de la cultura norteamericana. Él mismo, sin embargo, era un gran exponente del ironismo, y en esa relación de rechazo e inevitabilidad Foster Wallace no pudo librarse de estar, dice Gerchunoff, enfermo de ironía. Pero bajo el sol suelen haber pocas novedades, y todo lo que el autor de La broma infinita percibía como una degradación cultural y social irremontable ya había sido percibido de manera parecida en la Antigua Grecia.

“Igual que Foster Wallace siglos después, la ciudad de Atenas percibió la irrupción pública de la ironía como un peligro para la juventud. Como una enfermedad social –escribe Gerchunoff–. Y también en nuestra propia época, desde el advenimiento de internet, uno de los muchos cargos que se presentan (casi a diario) contra la ‘nueva esfera pública’ es el nocivo exceso de ironía. Al lado de la ‘posverdad’ y de otras varias supuestas enfermedades que amenazan la salud de la conversación pública contemporánea, aparece frecuentemente imputada la ironía”.



Para Gerchunoff, el mito del paraíso perdido en su versión actual es el de una "esfera pública racional y sin mentiras", y se pregunta si acaso semejante espacio equilibrado y desironizado existió alguna vez. Filosofía mediante observa que no, y para desarrollar una comprensión de la penetración de la ironía en nuestros días, desbroza tres ejes: la cultura televisiva y el consumo pasivo, que produjeron sujetos "ironizados" listos para las redes; la democracia liberal, que "tiene un talante irónico desde el momento mismo de su fundación" al institucionalizar el escepticismo, y el hecho de que la multiplicación de lo que llama "conversación pública de masas" provoque naturalmente la multiplicación de la ironía y también su democratización. Y sostiene que es esa expansión -y no la ironía en sí- la que estaría en la raíz del verdadero malestar que sienten los detractores de las nuevas formas de la conversación pública contemporánea, a quienes se describe en Ironía On como "embriagados por la melancolía de la verdad, la añoranza de un orden pulcro imaginario, de una sociedad que no se deshilachara en infinitas opiniones, sino que respetara recta y uniformemente los hechos y las jerarquías racionales".

Bajo tal premisa Gerchunoff desecha las nociones de ironía como una enfermedad del lenguaje o un jinete apocalíptico de la ambigüedad y la frivolización, y la defiende como un antídoto y un límite contra los discursos afirmativos, moralizantes o hiperideologizados.

Ironía On. Una defensa de la conversación pública de masas es un ensayo de 76 páginas que se lee de una sentada, da la bienvenida a subrayados y desafía con sencillez algunas ideas enquistadas sobre "lo mal que está todo". No menos importante: es filosofía hablándonos en un presente rabioso. Y en ello no hay ninguna ironía.

ANA PRIETO

Ana Prieto es periodista y autora de no ficción. En Twitter es [@anaprieto](https://twitter.com/anaprieto) (<https://twitter.com/anaprieto>)

ANA PRIETO ([HTTPS://LAAGENDA.BUENOSAIRES.GOB.AR/TAGGED/ANA-PRIETO](https://laagenda.buenosaires.gob.ar/tagged/ana-prieto))

MESADELUZ ([HTTPS://LAAGENDA.BUENOSAIRES.GOB.AR/TAGGED/MESADELUZ](https://laagenda.buenosaires.gob.ar/tagged/mesadeluz))